



La Universidad como búsqueda de la verdad universal

Jesús Ballesteros Llompert

Catedrático de Filosofía del Derecho
Universitat de València-Estudi General

De las tres tareas asignadas generalmente a la Universidad: la investigación, la docencia y la formación integral de sus miembros, ésta parece la más olvidada en la actualidad. Para que la Universidad sea el lugar adecuado para la cultura, como cultivo del espíritu, se necesitan dos requisitos, que se busque la verdad sin parcelaciones ni reduccionismos, y que se busque la verdad desinteresadamente. Estas dos dimensiones han podido quedar oscurecidas por un largo proceso histórico.

La tarea universitaria de búsqueda de la verdad universal, una verdad que debe orientar el sentido y el fin de la existencia, aparece hoy dificultada -a mi juicio-, por dos corrientes de pensamiento. Por un lado, la mentalidad tecnocrática, que niega una verdad que trascienda los datos empíricos y, por otro, el relativismo cultural, que considera insuperable la disparidad de planteamientos éticos en función de las diferentes culturas. Las enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá suponen un importante estímulo para la superación de ambos reduccionismos. Hablaremos brevemente del primer reduccionismo, ya que guarda relación con la conferencia del Profesor Jordi Cervós.

A.- El cientificismo, base de la tecnocracia -que nada tiene que ver con la verdadera ciencia, sino con la reducción de la verdad a la ciencia- erradica todo respeto a lo real, incluso al hombre mismo, al dejarse llevar por la lógica del dominio y de la manipulación, que pone como fin último la consecución del lucro económico. Frente a ello, el Beato Josemaría destacó la primacía de la ética sobre la técnica afirmando que “nuestra época necesita devolver a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares, su noble y original sen-

tido”¹. Y “el secreto para dar relieve (sentido) a lo más humilde, aun a lo más humillante, es amar”², advirtiendo que hay “algo santo, divino, escondido en las situaciones más ordinarias que toca a cada uno de vosotros descubrir”³. Se recupera así la dimensión contemplativa del pensamiento frente a la reducción del conocimiento al saber instrumental y técnico.

Frente a la lógica del éxito a cualquier precio, relacionada con el economismo, que acompaña al cientificismo, el Beato Josemaría Escrivá subrayó la importancia de aceptar el fracaso; como puede leerse en *Camino*: “Si salen las cosas bien, alegrémonos, bendiciendo a Dios, que pone el incremento. -¿Salen mal?- Alegrémonos bendiciendo a Dios que nos hace participar de su dulce Cruz”⁴.

B.- Frente al segundo obstáculo, el relativismo cultural, que implica la imposibilidad de alcanzar la verdad, el Beato Josemaría recordaba -en un discurso de investidura de doctores *honoris causa* por la Universidad de Navarra (7.10.72)- que “la Universidad debe contribuir con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres”. Este suprimir barreras va unido a la defensa de la dignidad de todos los seres humanos en cuanto todos somos hijos de Dios. El pensamiento del Beato Josemaría Escrivá -reflejo fidelísimo de su vida- es nítidamente cristocéntrico. Al colocar a Cristo en el centro de todas las actividades humanas, subraya con énfasis la igual dignidad de todos los seres humanos.

No sólo son por tanto dignos los *excelentes* en virtud o sabiduría, como pensaba el estoicismo, o los conscientes y libres, como proponía la Ilustración, abocando a un personalismo, en el que no todos los seres humanos son vistos como personas.

El énfasis puesto por el Beato Josemaría en la igual dignidad no sólo supera todo reduccionismo personalista, implica también una radical oposición a todo fundamentalismo. El fundamentalismo procede de la confusión entre religión y política, a través de una interpretación monolítica y clerical del mensaje religioso y que en el ámbito cristiano buscaría extender los dogmas a campos que la Iglesia ha dejado a la libre discusión de los seres humanos, trayendo como consecuencia la negación de la autonomía de los asuntos temporales, y con ella, de la verdadera laicidad. “Nada más lejos de la fe cristiana que el fanatismo con el que se presentan los extraños maridajes entre lo profano y lo espiritual, sean del signo que sean. Ese peligro no existe si la lucha [ascética] se entiende como Cristo nos ha enseñado: como guerra de cada uno consigo mismo, como esfuerzo por servir a todos los hombres”⁵.

La universalidad del respeto a todo ser humano aparece reafirmada en la constante referencia a esa palabra, todos, omnipresente en su obra. “Una de las maravillas de Dios, que hemos de meditar y que hemos de agradecer, es que el Señor ha venido a traer la paz en la Tierra a todos los hombres”⁶. “¡No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres!, ¡a todos los hombres, a todos los hermanos! No hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios”⁷.

La dignidad humana exige el reconocimiento de los derechos, tal como los enuncia el Beato Josemaría en un punto de *Amigos de Dios*: “Hemos de sostener el derecho de todos los hombres a vivir, a poseer lo necesario para llevar una existencia digna, a trabajar y a descansar, a elegir estado, a formar un hogar, a traer hijos al mundo dentro del matrimonio y poder educarlos, a pasar serenamente el tiempo de la enfermedad o de la vejez, a acceder a la cultura, a asociarse con los demás ciudadanos para alcanzar fines lícitos, y, en primer término, a conocer y a amar a Dios con plena libertad, porque la conciencia -si es recta- descubrirá las huellas del Creador en todas las cosas”⁸.

Pero al propio tiempo, destaca, explicitando la esencia misma del mensaje cristiano, que la dignidad humana exige mucho más que la justicia: “cuando se hace justicia a secas, no os extrañéis si la gente se queda herida: pide mucho más la dignidad del hombre, que es hijo de Dios”⁹. Pide donación de sí mismo y perdón.

La universalidad en el respeto a la igual dignidad de todos los seres humanos va coherentemente unida al rechazo del relativismo, del falso ecumenismo. Se ha recordado recientemente que “la falacia del relativismo consiste en que transpone indebidamente la virtud de la modestia y de la tolerancia del ámbito personal al ámbito de las ideas. Un hombre humilde no debería considerarse superior a otro y un hombre tolerante debería soportar pacientemente los defectos del prójimo. Pero la humildad no se puede aplicar a las ideas, como si no hubiera unas mejores que otras, ni la tolerancia puede consistir en una aceptación de lo que es realmente erróneo”¹⁰. Esta profunda verdad ya había sido señalada por el Beato Josemaría en sus escritos, al señalar que la transigencia, el irenismo, el ceder ante el error en cuestiones esenciales, constituye un falso ecumenismo¹¹. Pero conviene dejar bien claro que lo que con expresión valiente designó como *santa intransigencia*, nada tiene que ver con la intolerancia. La intransigencia es fortaleza, que no se deja coaccionar o atemorizar por el *qué dirán*¹², impidiendo que la verdad sea proclamada¹³. La etimología castellana de la palabra intransigencia supone precisamente, según el Diccionario de la Real Academia

Española: “la negativa a todo trato o transacción cuyo término resulte vil o deshonoroso para la persona, o la verdad”. La intransigencia va dirigida -ante todo y sobre todo- hacia los propios defectos¹⁴ y, al mismo tiempo, es comprensión para los errores ajenos¹⁵. Exige relativizar la propia opinión, que constituye un elemento esencial para “aprender a reírse de uno mismo”, clave del sentido del humor y una de las consecuencias no secundarias del humanismo cristiano. El Beato Josemaría solía decir que “no había visto tonto más grande que un listo soberbio”¹⁶. Es esta una afirmación que vale en todos los ámbitos y no en último lugar en la Universidad.

Al Beato Josemaría le gustaba citar unos versos de Machado: “Despacito y buena letra, que el hacer las cosas bien, importa más que el hacerlas”, que relacionaba con el núcleo central de su pensamiento de “convertir en endecasílabos la prosa de cada día”, es decir, de santificar la vida cotidiana. Es seguro que estaría también de acuerdo con estos otros estupendos versos del poeta de Castilla: “Tu verdad no, la verdad y ven conmigo a buscarla. La tuya, guárdatela”; o “Busca tu complementario, que marcha siempre contigo y suele ser tu contrario”. De hecho, animó siempre a todos los cristianos a ir codo con codo con aquellos que pensaban de otro modo, para llevar a cabo tareas de promoción social, entre ellas, la creación de universidades en diversas partes del mundo, de acuerdo con su lema de que es necesario siempre sumar, y no restar, los esfuerzos humanos a favor de un mundo más justo y más humano.

1. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Homilias: *Amar al mundo apasionadamente*, Madrid 2000, Rialp, p. 235.
2. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Camino*, Madrid 2000, Rialp, n. 418.
3. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, o.c., p. 236.
4. *Camino*, o.c., n. 658.
5. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, Madrid 2000, Rialp, n. 74.
6. Act. II, 11.
7. *Es Cristo que pasa*, o.c., n. 13.
8. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Amigos de Dios*, Madrid 2000, Rialp, p.171.
9. *Ibidem*, n. 172.
10. *Inteligencia y afecto. Notas para una 'paideia' cristiana*. Universidad Católica de Murcia, p. 25.
11. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco*, n. 359 y ss.
12. *Camino*, o.c., n. 390.
13. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco*, Madrid 2000, Rialp, n. 600.
14. *Camino*, o.c., n. 198.
15. *Surco*, o.c., n. 600.
16. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Maestro de buen humor*, Madrid 2000, Rialp, p. 111.